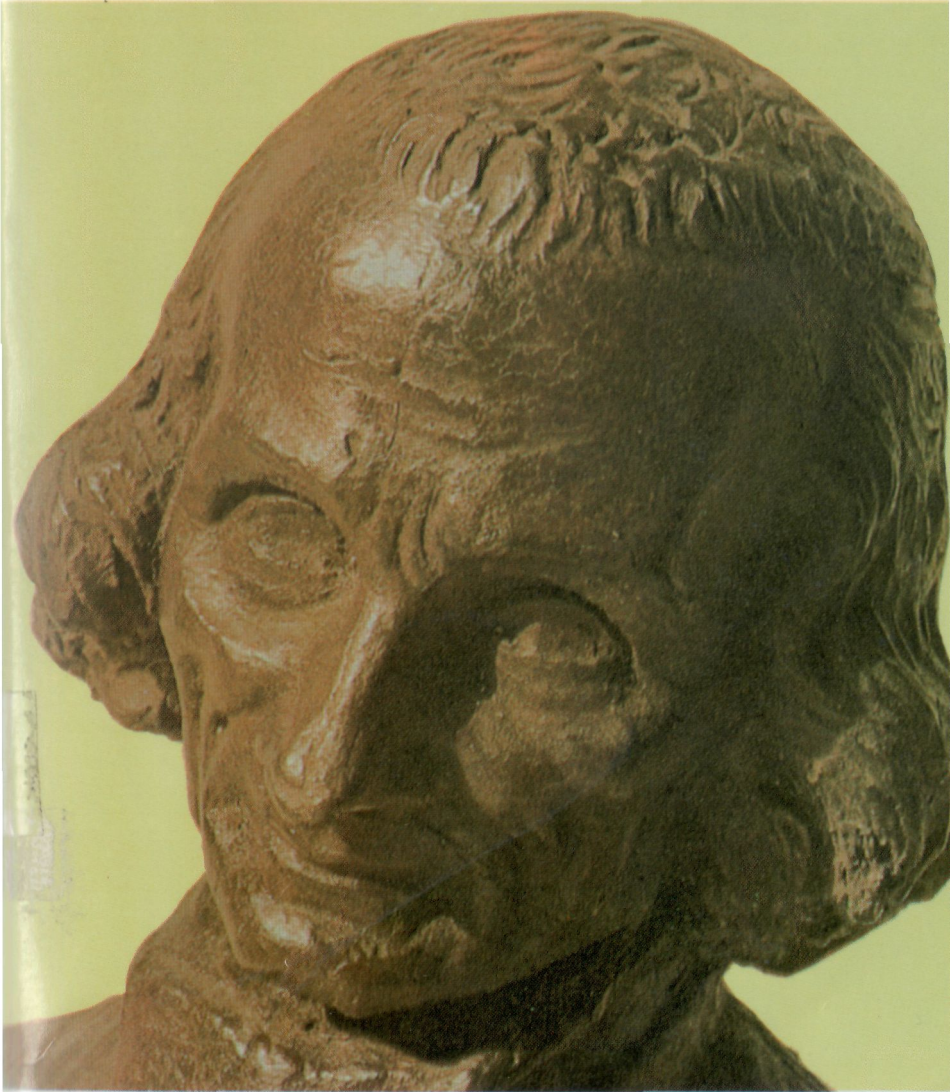


EL CURA DE ARS



FRANCIS TROCHU

EL CURA DE ARS

Novena edición

© Echêvé de Nantes

© Ediciones Palabra, S. A.
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 Madrid

La versión original de este libro
apareció con el título
LE CURE D'ARS

Traducción:
© Equipo de Traducción de
Ediciones Palabra, S. A.

Diseño de portada:
José Luis Saura

Cubierta:
Busto del Cura de Ars,
modelado en cera por el escultor
Emiliano Cabuchet,
mientras el Santo
explicaba el Catecismo

Con licencia eclesiástica
Printed in Spain
I.S.B.N.: 84-7118-384-6
Depósito legal: M. 38.705-1996

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

ARCADUZ

XIX. ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ULTIMOS AÑOS:

II. EL INCIDENTE DE LA SALETTE

La llegada de Maximino Giraud.—Fe del Cura de Ars en la Aparición de la Salette.—Los compañeros de Maximino y el verdadero fin de su viaje.—La acogida y los propósitos del Rdo. Raymond.—Entrevista de Maximino y el Cura de Ars.—Nueva actitud del Rdo. Vianney con respecto a la Salette.—Las angustias de un alma santa.—El fin de la prueba.—El acto de fe que devuelve la paz.

Por la tarde del martes 24 de septiembre de 1850, el cochero de Ars, Francisco Pertinand, conducía a sus viajeros hasta las gradas de la iglesia. Un grupo de cinco personas bajó de la diligencia —tres hombres, los señores Brayer, Verrier y Thibault, una joven, Angélica Giraud, y un muchacho de quince años, Maximino, hermano de Angélica—. Excepto el señor Thibault, algo indispuerto, que siguió a Pertinand hasta la hospedería, aquellos forasteros procuraron entrar en seguida en el templo en busca del señor Cura.

«Tierno, delicado, de cara redonda y de aspecto sano, de ojos grandes, hermosos y llenos de expresión»¹, Maximino Giraud aparentaba menos edad. Este niño era uno de los *vi-dentes* de la Salette. Hacia cuatro años, el 19 de septiembre de 1846, sobre aquella cima de los Alpes delfinicos, guardaba en compañía de Melania Mathieu, pastorcita de catorce

¹ Señor DES BRULAIS, *L'Echo de la sainte Montagne*, Nantes, Charpentier, 1852, p. 17.

años, las vacas de una granja, en la que se había empleado la víspera. Hacia las tres de la tarde, una *hermosa señora*, según contaron los jóvenes pastores, se les apareció en medio de una claridad maravillosa. Sentada sobre una roca, junto al torrente de la Sezia, esta señora, con el rostro entre las manos, derramaba lágrimas. Sin embargo, una voz dulce decía a los niños que se acercaran sin temor. La Visión se levantó y dirigióles la palabra. La cólera de Dios contra los blasfemadores y profanadores del domingo, amenazas de castigos, la necesidad de la oración y de la penitencia: tal fue el tema de su conversación. Finalmente, pasada media hora, la *hermosa señora* se elevó, y su figura fue desvaneciéndose en el azul del cielo.

Después de cuatro años, durante los cuales, mil y mil veces fueron asediados a preguntas por personas prudentes e indiscretas, nunca ni Melania Mathieu ni Maximino Giraud variaron en su relato ni fueron hallados en contradicción. En ambos se echaba de ver aquella buena fe propia de los corazones sencillos; así que sus manifestaciones sobre la Aparición hallaban pocos incrédulos. Por otra parte, el obispo de Grenoble había ordenado un escrupuloso examen de sus dichos. Sin embargo, en septiembre de 1850, cuando Maximino se dirigía a Ars, el *mandamiento doctrinal* de Mons. Bruillard sobre el *hecho de la Salette* estaba solamente en preparación: no apareció sino más tarde, en 19 de septiembre de 1851. —Tengamos presente este pormenor—. Por tanto, en 1850, ninguna voz autorizada se había pronunciado aún sobre la autenticidad de la Aparición.

Al comenzar a derretirse las nieves, por la primavera de 1847, la Salette tenía ya sus peregrinos. Muchos de entre ellos, al regresar, pasaban por la aldea de Ars. Por su medio, se enteró muy pronto el Rdo. Vianney de aquella maravilla. «Desde el principio, aseguraba el señor conde des Garetts, creyó en la aparición de la Santísima Virgen; con cierta reserva, empero, pues siempre en esta clase de cosas remitía a la autoridad de los prelados»². Su propio obispo.

² *Proceso del Ordinario*, p 964 — El Cura de Ars, ocupado como estaba en el ministerio de oír confesiones, no pudo estudiar con detención este hecho «De lo que me

Mons. Devie, a quien seguramente consultó sobre un hecho de tal índole, se mostró hasta 1851 «partidario de cierta expectativa»³. El Cura de Ars reguló su actitud de conformidad con la del obispo.

En la práctica, a las personas deseosas de ir a la Salette les aconsejaba que lo hicieran; hablaba de la Aparición en los catecismos⁴, bendecía las medallas; tenía un grabado en la pared de su cuarto, poseía agua del manantial milagroso y la distribuía entre sus amigos⁵. Y todo esto, a pesar de los reparos que oponía su vicario. Efectivamente, el Rdo. Raymond no creía en la Salette. Hizo una ascensión a aquella montaña un día en que Maximino Giraud había también subido. El niño se negó a responder a sus preguntas y el Rdo. Raymond, de temperamento bilioso, guardó contra él cierta animosidad: este simple hecho bastó para indisponerle con todo lo demás.

¿Con qué derecho y con qué fin, por la noche del 24 de septiembre de 1850, los señores Brayer y Verrier conducían hasta el Cura de Ars al joven Maximino Giraud? El prudente Mons. Bruillard, obispo de Grenoble, había recomendado al Rdo. señor Melin, párroco de Corps (pueblo natal de Maximino), que mantuviese a toda costa al niño dentro de los límites de la parroquia: la indagación sobre el hecho de la Salette no estaba aún conclusa, y la presencia de los testigos de la Aparición era de todo punto necesaria; además, no era en modo alguno conveniente que Maximino y Melania fuesen paseados como objeto de curiosidad: por celebres que se hubiesen hecho, habían de permanecer todavía en la sombra. Esto, los señores Brayer, Verrier y Thibault no lo entendían. «Personas muy honorables pero poco prudentes en aquel asunto», estos señores sacaron a Maximino de su aldea, «a pesar de la oposición del señor Melin y la prohibición de Mons. Bruillard»⁶. El niño había

dijo el siervo de Dios refiere el reverendo Toccanier, deduje que creía en la Aparición por ser muy devoto de la Santísima Virgen. Además, acepto el hecho, porque oía decir que personas muy graves tenían fe en el » (*Proceso apostólico ne pereant*, página 309)

³ Mons GIRAY *Les miracles de la Salette*, Grenoble, Eymond, 1921 t I p 164

⁴ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostólico in genere*, p 123

⁵ Juan Claudio VIRET tercer cuaderno manuscrito, p 35

⁶ Mons GIRAYT, *Les miracles de la Salette* op cit, t II, p 273 — Mons Giray no

de consultar sobre su vocación con un sacerdote que era un santo, y que leía en los corazones; mas, en realidad, el viaje tenía una finalidad muy diferente: el señor Brayer y sus amigos iban a Ars «más con miras políticas que con intenciones religiosas»⁷.

En cuanto llegaron, fueron en busca del Rdo. Vianney. Como éste se hallase en el confesonario, se presentó su vicario, menos ocupado. Los visitantes se dieron a conocer. «Después de haberles pedido, dice el reverendo Raymond, que fueran a la *Providencia* a pasar unos instantes conmigo, les pregunté por el objeto de su viaje. Respondieron que Maximino deseaba consultar con el Rdo. Vianney acerca de su vocación.

—Pero mucho mejor, les dije, podría ilustrarle sobre este punto el señor cura de Corps, que le conoce y ha cuidado de instruirle.

Aquellos señores insistieron, añadiendo, en presencia de Maximino, que se trataba de un niño muy ligero, que el señor cura de Corps estaba desanimado y que, precisamente por esta causa, deseaban saber el parecer del Rdo. Vianney. «Pues, les respondí, mañana tendrán la satisfacción de verle.»

Dicho esto, uno de los viajeros, me preguntó: «Usted, señor Cura, ¿qué piensa sobre la Salette?» Díjele que no tenía un criterio formado acerca del particular e hice notar que en algunos puntos no se había guardado toda la reserva ni

cree conveniente explicar en su hermoso libro cuales eran estas «miras políticas» Mons Ginouliac, sucesor de Mons de Bruillard en la sede de Grenoble y futuro arzobispo de Lyon, no teme decirlo en un documento dirigido al público de toda su diócesis, *Mandamiento* de 4 de noviembre de 1854, p. 18

Los partidarios más decididos del barón de Richemont, esperando encontrar en el hecho de la Salette y en el testimonio de los dos niños un apoyo para su causa, fueron a Corps en 1847 para conquistarles y penetrar su secreto, que creían se refería al pretendido Luis XVII

Su desconcierto fue grande cuando, después de haber preguntado a Maximino, con el cual podían hablar con mayor facilidad, se vieron obligados a reconocer que el niño ni siquiera sabía si habían existido Luis XVI, Luis XVII y Luis XVIII. En vano uno de ellos intentó, en 1849 y en 1850, instruirle sobre la vida de Luis XVII. Era muy poco razonable, después de lo dicho, que los partidarios del barón de Richemont persistieran en la creencia de que este caballero fuese el objeto de la misión secreta de los dos pastores. La ignorancia y la obstinación de Maximino lo echaron todo por tierra, pero pronto vieron en ello un misterio y recurrieron a otra tentativa de llevar el niño a Ars

⁷ *Ibidem*

toda la prudencia que exige la Iglesia. «¿Cómo no creer, me replicaron, a unos niños que no han podido inventar lo que refieren?»⁸.

Entonces la conversación tomó un tono de acritud. El Rdo. Raymond contestó refiriendo un hecho del que había tenido noticia hacía muy pocos días. Había ocurrido cuarenta años antes: tres niños se habían puesto de acuerdo para inducir a sus familias y al público a la creencia en una aparición de la Santísima Virgen... Y no fue sino a la edad de cincuenta años cuando una de las pretendidas videntes había confesado su mentira. «Y a su vez añadió el vicario del Rdo. Vianney, encarándose con el pequeño Maximino, yo te recibo aquí y tú allí no quisiste hablarme... pero ahora has de habértelas con un Santo, y a los santos no se les engaña!»⁹. Maximino, cansado del viaje y halagado por los propósitos de aquellos desconocidos, dio al Rdo. Raymond «la respuesta que le era habitual cuando alguien hablaba con aire de poner en duda su veracidad». «¡Ah!, contaba al año siguiente a una persona de Nantes, a la señorita de Brulais, el señor vicario de Ars decía que yo había *inventado* una historia y que no había visto a la Santísima Virgen; entonces yo, que no estaba de muy buen humor, le repliqué: ¡Diga, si le place, que yo miento y que no he visto nada!... Y después me marché»¹⁰.

* * *

«Por mi parte, dice el Rdo. Raymond, previne al Cura de Ars sobre lo que acababa de ocurrirme. El Santo me lo agradeció muy de veras.

Vio a solas a Maximino en la sacristía a las ocho de la mañana siguiente. ¿Qué tal fue esta entrevista? El señor Cura no dijo una palabra. Solamente observamos, el Hermano Jerónimo y yo, que en adelante no quiso poner su firma detrás de las estampas de la Salette ni bendecir las medallas.»

⁸ *Proceso del Ordinario*, p. 1439

⁹ Rdo. TOCCANIER *Proceso apostólico ne pereant* p. 980

¹⁰ Señor DES BRULAIS, *L'Echo de la sainte Montagne*, op. cit., página 269

¿Cuál era la causa de este cambio? Lo más sencillo es oír al mismo Maximino. Lo que él dice no está en pugna con las declaraciones de otros testigos menos autorizados que él, y su relato tiene todo el encanto de la sinceridad. El 27 de septiembre de 1851, aquella persona de Nantes, de la cual ya hemos hablado, se encontró con él en la cumbre del monte de la Salette. Le habló «como la otra vez, expansivo y afectuoso, contando con simplicidad sus *pequeñas calaveradas*, sin doblez y sin excusas. Así fue como me confesó que su cabeza le había arrastrado, el año anterior, a seguir a tres señores que, según se creyó después, habían querido explotar su secreto en provecho de una causa política. He aquí nuestra conversación:

Pregunta.—¿Por qué, hijo mío, te pusiste de esta manera en sus manos?

Respuesta.—¿Por qué?, para viajar.

P.—¿En qué senderos te metiste, imprudente! ¿En qué pensabas entonces?

R.—¡Ah! hice una tontería; es cierto...

P.—Y ¿qué te sucedió con el Cura de Ars?, ¿quieres decirme algo?

R.—Aquellos tres señores me condujeron al Cura de Ars, para que le consultase, como ellos decían, sobre mi vocación. El señor Cura me aconsejó que volviese a mi diócesis. Aquellos señores montaron en cólera. Me dijeron que lo había entendido mal y de nuevo me enviaron al reverendo Vianney.

Maximino en esta primera entrevista, que fue en extremo corta, vio al santo Cura detrás del altar, junto al confesonario donde solía oír de ordinario a los eclesiásticos.

Esta vez —continúa el niño— fui a su confesonario de la sacristía. Al Cura de Ars no se le entiende bien, pues le faltan muchos dientes. Me preguntó *si había visto a la Santísima Virgen*. Le respondí: Yo no sé si era la Santísima Virgen; pero yo vi algo... *una señora*. Si usted, señor Cura, sabe que era la Santísima Virgen, ha de decirlo a los peregrinos, para que crean en la Salette.

P.—Aseguran, querido niño, que te acusaste de haber dicho mentiras. ¿Es verdad?

R.—Yo dije que alguna vez había mentido al señor Cura de Corps. —Has de retractarte, me dijo el Rdo. Vianney. —No puedo retractarme de esto; no vale la pena. —Replicó que debía de ha-

cerlo y yo le contesté: —Puesto que ha pasado mucho tiempo y es cosa muy antigua, no puedo.

P.—¿A qué mentiras te referías?

R.—A las pequeñas mentiras que decía al señor cura de Corps, cuando no quería que supiese adónde iba, o cuando no quería estudiar la lección.

P.—¿Entonces veo que el Cura de Ars entendió que estas mentiras se referían a la Aparición?

R.—Ni más ni menos; así lo entendió él; así se ha escrito en los periódicos.

P.—¿Pero tú no le engañaste?

R.—No. Estaba en el confesonario; pero no había dicho ni el *confiteor*, y no había ido a Ars para confesarme¹¹.

La conversación duró cerca de veinte minutos. Los cinco viajeros partieron el mismo día, sin llamar la atención y no parece que su breve estancia en la aldea fuese advertida por los peregrinos. Si, en adelante, el reverendo Raymond hubiese sido tan circunspecto como el santo Cura, es de creer que lo que se ha llamado *incidente de la Salette* no hubiera tenido lugar.

Por la mañana del día 26 de septiembre, no solamente el Rdo. Raymond hacía notar que el Cura de Ars se negaba a bendecir las medallas de Nuestra Señora de la Salette, sino que habiendo visto, sobre la cómoda de la sacristía, un sobre en el cual el Cura de Ars había escrito la dirección de Mons. Bruillard, le preguntó el vicario con su habitual *delicadeza*: «¿Qué es esto?».

—Quería, respondió el Santo, dar una carta a Maximino para que la entregase al obispo de Grenoble. El niño se negó a ello. Y añadió el Cura de Ars algo enojado: «Yo he quedado descontento de él, y él lo ha quedado de mí.»

Desde este momento, refiere el Rdo. Raymond, toda tentativa para obtener de él algunos pormenores de su entrevista con Maximino fue inútil. En vano, el señor Cura de Voiron primero, y después el señor Gerin, párroco de la catedral de Grenoble, sacerdote de los más respetables y unido por una amistad muy íntima con el siervo de Dios, fueron a Ars para aclarar dudas. Tan sólo cuando el reverendo Rousselot, vicario general, y el señor cura de Corps

¹¹ Señor DES BRULAIS, *L'Écho de la sainte Montagne*, op. cit., páginas 267-269.

—enviados por el obispo de Grenoble y portadores de una carta de Maximino en la que le autorizaba para hablar abiertamente de cuanto le había confiado— llegaron a Ars, el santo Cura consintió en explicar algo sobre el *incidente de la Salette*.

Y todo cuanto dijo entonces se resume en estas palabras, dictadas por la actitud ambigua de Maximino: «Si lo que me dijo el niño es verdad, no ha visto a la Santísima Virgen»¹². Conocemos la respuesta que Maximino dio al Rdo. Raymond: «Diga que miento y que no he visto nada». ¿Es temerario creer que estas palabras fueron repetidas al Cura de Ars tomándolas en el sentido menos favorable? Por otra parte, el Rdo. Vianney se acordaba de que el niño, después de hablarle de la *hermosa Señora* sin nombrar precisamente a la Santísima Virgen¹³, había pronunciado la palabra *mentiras*. El Cura de Ars, a quien no asistía siempre el don de intuición, pensó que el niño se retractaba de sus dichos pasados referentes a la Aparición misma¹⁴. Y una duda angustiosa penetró en su espíritu...

Por ello, hubo de sufrir por espacio de ocho años una doble prueba: dudaba él; y los peregrinos, que nada hubieran tenido que saber, no ignoraban estas dudas. «La conmoción fue muy grande en torno suyo; los hechos, como ocurre en tales ocasiones, fueron amplificadas y desnaturalizados»¹⁵. Los enemigos de la Salette «abusaron del nombre y de la autoridad del Cura de Ars»¹⁶. Las mismas almas piadosas se sintieron muy turbadas, cuando oyeron decir que la Aparición no había tenido efecto, pues un Santo como el Cura de Ars no creía en ella. El Rdo. Raymond, con su celo indiscreto, recomendó a unas religiosas de

¹² Rdo RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, pags 302 y 1 439 1 440

¹³ «Se, dice la señora Cristina de Cibems, que despues de la visita de Maximino al señor Cura este manifestó que el niño había dicho que no había visto a la Santísima Virgen, sino a una *hermosa senora* » (*Proceso apostolico continuativo* p 155)

¹⁴ «El Cura de Ars me dijo que Maximino le había manifestado, fuera de confesion, que era mentiroso. Se ha querido explicar esta frase diciendo que Maximino se refería a otras mentiras dichas en otras ocasiones, pero no en aquellas circunstancias. El Cura de Ars, que tuvo fe unos momentos en el milagro de la Salette, no creyo mas en el despues de haber visto a Maximino. Esto no puede ponerse en duda » (*Carta de Mons Chalandon, obispo de Belley, al cardenal Billiet, arzobispo de Chambéry, el 26 de agosto de 1854*)

¹⁵ Condesa DES GARETS, *Proceso apostolico ne pereant* p 887

¹⁶ *Ibidem*

Pont-d'Ain por donde había pasado, que quitasen de su casa un cuadro de la Salette. Y como las religiosas se admirasen: «El Cura de Ars, les dijo, ha visto a Maximino y después no ha creído más en la Salette»¹⁷.

El Cura de Ars «tuvo gran pena de la publicidad que a causa de las indiscreciones del Rdo. Raymond se dio a este asunto»¹⁸. Es indudable que, como cualquiera otra persona, tenía perfecto derecho de juzgar según su criterio un hecho por otra parte reciente, y acerca del cual se habían suscitado ruidosas polémicas. La Iglesia no había convertido en dogma la visión de los dos niños... Pero el Cura de Ars, a quien los mismos obispos consultaban, no podía desconocer su influencia personal sobre las almas. Si de verdad, como algunos decían, había llí un mal entendido, ¡qué daño no se seguiría de que se divulgase una injusta desconfianza alrededor de un hecho real, que interesaba a la gloria de Dios!... «Tengo remordimientos, decía el Cura de Ars a las antiguas directoras de la *Providencia*: temo haber hecho algo contra la Santísima Virgen. Quisiera que Dios me iluminase sobre este punto. He orado mucho para conseguirlo. Si la cosa fuese verdadera, ¡oh!, entonces hablaría de ella, y si no lo fuese, todo habría acabado»¹⁹.

Mientras el obispo de Grenoble no se hubo pronunciado por la afirmativa, el Cura de Ars, al ser preguntado sobre la Salette, eludía fácilmente la respuesta rogando a los indiscretos que esperasen la decisión de la autoridad eclesiástica. Pero una vez que apareció, en septiembre de 1851, el *mandamiento doctrinal* de Mons. Bruillard, el Cura de Ars sintió mayores angustias. El prelado, de quien dependía la Salette, y a quien incumbía la obligación de resolver, acababa de afirmar que los dos pastores no habían sido engañados ni se habían engañado. El Rdo. Vianney hubiera querido inclinarse sin reservas ante este juicio... Pero ¡ay!, en sus oídos resonaban obstinadamente ciertas pa-

¹⁷ Sor SAN LAZARO, *Proceso apostolico ne pereant*, p 761

¹⁸ «Se que muchas personas supusieron que el Rdo Vianney había sido inducido a error por Maximino, pero se tambien que muchas otras, al enterarse de que el siervo de Dios no creía en la Salette, dejaron tambien de creer», dijo el Rdo Toccanter (*Proceso apostolico ne pereant*, p 310)

¹⁹ Catalina LASSAGNE, *Proceso apostolico in genere*, p 123

labras de Maximino. El Cura de Ars no negaba nada, pero no podía recobrar la primitiva fe en la Aparición.

Además, cada día con mayor frecuencia, cuando el obispo se había ya pronunciado, el Santo, al atravesar por entre las multitudes de peregrinos, veíase rodeado de caballeros, señoras y aun sacerdotes que le preguntaban a quemarropa: «Padre, ¿hay que creer en la Salette?» El se sentía agobiado²⁰. Decidió responder con evasivas «a no ser que la calidad de las personas le obligase a exponer íntegramente su parecer. Fuera de estos casos, dejaba a los demás en su creencia, sin revelar a nadie su propio sentir»²¹. Un día, cuenta el señor Dubouis, cura de Fareins, estando yo presente, el primer vicario de San Sulpicio de París quiso saber su opinión sobre la Salette. El Cura de Ars se limitó a decirle que era menester amar mucho a la Santísima Virgen. Por tres veces insistió el vicario, y siempre recibió la misma respuesta²².

Finalmente, cesó la prueba. En octubre de 1858, unos diez meses antes de morir, el Cura de Ars volvió a su primer sentir acerca de la Salette. He aquí, dice el Rdo. Toccanier, cómo me refirió la historia de esta mudanza:

Hacia unos quince días que padecía una gran turbación interior, y mi alma se encontraba como arrastrada sobre la arena. Hice entonces un acto de fe sobre la Aparición y en seguida se restableció la calma en mi espíritu... Deseé entonces ver a un sacerdote de Grenoble para manifestarle lo que había pasado en mí. Al día siguiente, llegó de aquella ciudad un eclesiástico distinguido²³. Entró en la sacristía, y me preguntó qué había de pensar de la Salette. Yo le contesté: «Puede creerse».

Necesitaba, continúa el señor Cura, la cantidad necesaria para completar la fundación de una misión. Me encomendé a la *Virgen de la Salette* y encontré justo el dinero que necesitaba. Consideré este hecho como milagroso²⁴.

Desde entonces el Cura de Ars, «a pesar de que guarda-

²⁰ Rdo. DUFOR, *Proceso apostólico in genere*, p. 354.

²¹ Rdo. RAYMOND, *Proceso del Ordinario*, p. 1.440.

²² *Proceso apostólico ne pereant*, p. 310.

²³ El canónigo Gerin, párroco de la catedral de Grenoble. Su entrevista con el Rdo. Vianney tuvo lugar el 11 de octubre. (*Carta del señor Gerin a Mons. Ginoulhiac*, de 13 de octubre de 1858.)

²⁴ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 310.

ba una gran reserva»²⁵ en las discusiones que todavía se suscitaban, favoreció las peregrinaciones a la Salette y alentó a los penitentes que le manifestaron sus deseos de subir a la *santa montaña*. Nuevamente bendijo y distribuyó estampas de la *Virgen llorosa*. No se sabe si volvió a hablar de ello en los catecismos: en esta época difícilmente se podía oír bien al Cura de Ars, y, por otra parte, su predicación no era ya otra cosa que un himno a Dios y a la presencia real de Jesucristo. Sea de ello lo que fuere, no dejó, siempre que se le ofreció coyuntura, de pronunciarse en favor de la Aparición.

El canónigo Rdo. Oronte Seignemartin, párroco de la catedral de Belley y antiguo cura de Saint-Trivier-sur-Moidegnans contaba en 1876 lo siguiente:

Me hallaba en una reunión de sacerdotes, cuando llegó el Cura de Ars. Le pregunté qué pensaba de la Salette, y me respondió en tono algo grave: «Creo en ella firmemente»²⁶.

A fines de 1858, cuenta Magdalena Mandy Scipiot, mi madre estaba enferma. Pedí permiso al señor Cura para hacer un voto a la Virgen de la Salette. Me contestó que no era necesario; que lo hiciese a Nuestra Señora de Fourvière. «Pero en cuanto a la Salette, añadió, puedes creer en ello; yo lo creo de todo corazón»²⁷.

²⁵ Hermano ATANASIO, *Proceso apostólico ne pereant*, p. 1.039.

²⁶ *Proceso apostólico ne pereant*, p. 638. El Rdo. Seignemartin fue nombrado cura de Saint-Trivier en 1853.

²⁷ *Proceso apostólico in genere*, p. 271.